

LOS HOMBRES

MANUEL ALTOLAGUIRRE

En un accidente de tránsito ha muerto Manuel Altolaguirre. Poeta de sentimiento y ternura, el ambiente de su poesía es de una lejana transparencia, de una filtrada luz, embeleso del hombre que siente cómo la vida es un viaje por una escondida senda. Acaso Manuel Altolaguirre es el más cercano pariente de cierta gracia intemperal que advertimos en Juan Ramón Jiménez. Nada en sus poemas que no sea pura esencia, laberinto indescifrable donde crecen las rosas, los penares y el atardecer. *Soledades juntas* es uno de esos libros de poesía donde se puede seguir la huella de un creador de verdad. Mundo sellado y sensitivo, con mucho de jardín, ruiseñor y fuente encantada y memorosa.

Nada en esta poesía translúcida invita al grito, a la lucha, a ese tremedal de angustia donde vemos alzarse a otros poetas acaso mayores en densidad climática que Altolaguirre. Este se conforma con peregrinar con su dulce equipaje por lejanas comarcas, alimentadas como una floresta por el viento que hincha el velamen de su sentimiento. Lejana y suave fosforecencia la de esta poesía, hermana de la de otros poetas que fueron compañeros de este gran español y han dejado un testimonio, un acontecer, una viva presencia de la sensibilidad: Federico García Lorca, Jorge Guillén, Rafael Alberti, Dámaso Alonso, Pedro Salinas, tiempo auroral de España en tránsito y búsqueda de nuevas formas y caminos de expresión.

Y por una extraña paradoja, este poeta que amara tanto las cosas vagas y transparentes, "mientras se le iba desdoloriendo el alma por una grieta dulce", poeta de nubes, de huella perfumada de flores, ha muerto víctima de la máquina, de su anillo opresor, del mundo que nunca tuvo sitio en su poesía. Recordémoslo en estos sus versos:

*"Perderá su hermosura
deshaciéndose en llanto,
cuando su amor conceda
a la sed de unos labios.*

*Nó te entregues blanquísima
virgen de los espacios,
que tu amante es el polvo
y tu amor será barro.*

RAFAEL HELIODORO VALLE

También en México ha muerto Rafael Heliodoro Valle. Se va con una pequeña distancia de José Vasconcelos. Ambos maestros. Parejos adoctrinadores de juventudes. Cejijuntos observadores de América, de su piel de doncella y de su grito núbil.

Rafael Heliodoro Valle ejerció, sin proponérselo, un magisterio intelectual. A diferencia de tantos otros valores americanos perdidos para una obra de hondura, por suscitaciones diferentes al magisterio de las letras, Valle desoyó toda incitación, todo halago, las mil formas fáciles de existir que la vida le muestra al hombre en su breve tránsito. El se consagró por entero, —con valor y densidad—, a esas peregrinas tareas de la inteligencia que redimen al hombre y lo encaran con su destino. Escritor de ricas esencias, su estilo literario está henchido de polen, de riqueza extraída de sus meditaciones, troje de selección, trigo bueno de la cosecha. Valle amaba a América con todas sus consecuencias. No tomaba este Continente como una parcelación, sino como una unidad. Bregar por la unificación, por el sentido integral de una cultura futura. El Mito duerme larvado. La Cosmogonía está ahí, caliente en la noche de las razas abolidas y las piedras miliars. El americano está fundiéndose, creciendo en el duro metal antes de ser, en puridad de verdad, una raza, una vivencia, una lección de humanidad y de historia. Contribuir a esclarecer sus rumbos, darse a la tarea evangélicamente, concatenar hechos, deducir consecuencias, escrutar, perforando, las lejanías acuosas de este mundo telúrico, es obra fiel, verdad trascendente, limpia lección moral que se traduce en magisterio. Y eso fue Valle. Un encrespado adoctrinador. Un hombre parado en la mitad de su pueblo para darnos la filial de su rostro y la razón de su expresión.

Su revista *Pajarilla de Papel* es acaso la mejor defensa de lo autóctono. Allí se dieron cita todos los hombres americanos que creen en lo nuestro, en la tipología y simbología indo-hispanas. Una labor benedictina, que ha de perdurar como ejemplo, testimonio y secuencia. Rafael Heliodoro Valle ha sido citado estos días al lado de García Mongue. Tienen toda razón. Porque el *Repertorio Americano* fue la otra antena, la ruta par, en el largo camino de un Continente que amanece.

A. R. G.